



COSITAS SUELTAS

Por Carlos Robreño

HEMOS leído que todavía no se sabe cuánto es lo recaudado por concepto de descuento a los empleados para abonar a los burócratas que la merezcan, la Orden de Mérito Civil "Juan Gualberto Gómez", y mucho más se ignora cuánto han de hacerse, efectivas tales cantidades.

Es decir, que hasta el momento sucederá igual que con los fondos reunidos con destino al monumento a Martí, cuyas obras se encuentran paralizadas.

Y todo esto nos trae a la mente una anécdota simpática que vamos a referir a nuestros lectores. El doctor Adolfo Márquez Sterling, hermano de don Manuel y tío de Carlitos, además de un excelente caballero era un abogado de brillantes cualidades que tenía su bufete abierto, hace muchos años, en una céntrica calle de La Habana de entonces.

Un día se presentó en el despacho de don Adolfo un joven de aspecto humilde, de ojos soñadores como eran los de los poetas de la época, circundados por oscuras ojeras que en todos los rostros indican el efecto de prolongadas vigiliass. Bajo el brazo llevaba algunos libros: versos de Verlaine, una novela de Balzac y en los bolsillos de su raído traje asomaban las puntas hirientes de blancas cuartillas sobre las cuales el lápiz había dejado estampada indubitables muestras de claro ingenio.

Timidamente el recién llegado solicitó audiencia de don Adolfo, no para tratar un problema legal, sino simplemente literario. Cuando se halló sentado frente al distinguido caballero, comenzó a hablarle de sus ansias y sus desvelos por las letras, le indicó que él era un muchacho pobre y que se había atrevido a molestarlo porque necesitaba cierta ayuda económica para poder llevar a la imprenta una novela de costumbres cubanas, cuyas últimas páginas había terminado.



Don Adolfo simpatizó con su inesperado visitante, le expresó sus deseos por servir a la juventud ávida de tales empeños espirituales, y al final le preguntó qué cantidad le urgía para la impresión del libro.

Balbuzeante, con la vergüenza reflejada en el rostro, se trevió a insinuar que con cien pesos

podría alcanzar la profunda satisfacción de ver publicada su novela, su primera obra. Márquez Sterling, adinerado y generoso, se llevó la mano al pequeño bolsillo de su blanco chaleco de "piqué" y extrajo en áureos centenes la suma solicitada que entregó al joven escritor, quien se desahacía en frases de agradecimiento. Y cuando ya de pie disponíase a marchar, don Adolfo le formuló una curiosa pregunta:

—¿Cómo se llama su novela, amigo?

—¡Candidito!

—¿Candidito?

—Sí señor; "Candidito". Ese es el nombre del protagonista —recalcó el incipiente literato.

... ..

Transcurrieron algunos meses. Don Adolfo Márquez Sterling, absorbido por su trabajo y sus compromisos sociales, apenas si notaba que no había vuelto a tener noticias de aquel tímido visitante, ni de su libro y mucho menos de sus cien pesos.

Un buen día, sin embargo, al transitar por una calle en opuestas direcciones, surgió el encuentro inesperado. El presunto émulo de las glorias de Zola o Pérez Galdós trató de rehuir la desagradable escena, pero el viejo abogado lo atajó en forma afectiva, a la cual respondió nerviosamente el amoscado mozo:

—Dispéñeme, don Adolfo... Yo no lo he ido a ver... porque ¿usted sabe?... Bueno: yo estuve... enfermo..., después, estuvo enfermo el impresor y... ¿usted sabe?

—No, amigo: no se preocupe por el incidente... Yo soy hombre de mundo y comprendo ciertas situaciones... Ahora bien: lo que sí me ha molestado, porque parece una burla, es el nombre de la novela: "Candidito"... ¡El "candidito" lo era yo, cuando le entregaba el dinero!



Efectivamente. A veces los fondos conseguidos para un objetivo determinado hay que dedicarlos a otras atenciones más urgentes. En materia administrativa se llama: "transferencia de crédito", pero lo que sí nos parece censurable es que el nombre que encubra la operación sea el de Martí o el de Juan Gualberto Gómez, como en el caso del "Candidito" de nuestra anécdota.